

PAPEL DEL ESPACIO URBANO EN EL FORTALECIMIENTO DE LA CONCIENCIA DE LO PÚBLICO

El caos urbano no es consecuencia de nuestra historia hispánica, ni el resultado de siglos de atraso. Por el contrario, si algo ha probado la cruda realidad de manera contundente, es que en la medida en que las sociedades hispanoamericanas interrumpieron su progreso dentro de los derroteros que le había señalado su propia historia, y no reconocieron sus verdaderos valores y principios que inspiraron su vida colectiva de antaño, se ha aumentado de manera preocupante su pobreza física y moral.

RICARDO ZORNOSA SALAZAR

Es Ingeniero Civil. Se ha dedicado desde 1984 al tema del desarrollo a partir de procesos educativos urbanos y actualmente es profesor investigador de Gestión Ciudadana en la Facultad de Administración en la Universidad de los Andes en Bogotá (Colombia). Es delegado para la América Andina de la Asociación Internacional de Ciudades Educadoras, AICE, y asesor de diferentes ciudades, entre ellas de Bogotá, en el programa de Desmarginalización de Barrios en donde orienta el Programa de Construcción Colectiva de Estética Urbana y los Escenarios de Excelencia. Ha sido asesor de la Consejería Presidencial para la Juventud la Mujer y la Familia y de la Misión Ciencia Educación y Desarrollo.

Los profundos problemas culturales en Hispanoamérica se revelan dramáticamente en el caos del espacio público de las ciudades, y es que quizá no existe nada tan expresivo ni explícito, como la arquitectura y el urbanismo, para "leer" en ellas el carácter y el espíritu cultural de los pueblos. Exceptuando algunos sectores modernos construidos por algunas administraciones locales o por grupos de privilegio, con planeación e innegable belleza, de los cuales se puede afirmar que son en su trazo, tejido y paisaje, pequeñas islas dentro del desorden generalizado de las grandes urbes.

El desarrollo económico dominante en el mundo moderno, ha contribuido a empeorar la situación, generando una subcultura del automóvil que ha propiciado que su diseño esté pensado más en los automovilistas que en los peatones, a los cuales ha desplazado dentro de una anarquía de ruido, contaminación, inseguridad, y congestión.

La situación en los municipios y pequeñas aldeas es a veces más caótica que en las mismas ciudades; deformados y sin personalidad, muchos de ellos sólo mantienen en pie el recuerdo de las magníficas torres de sus iglesias o la admirable arquitectura de sus edificios públicos de antaño, que los visitantes todavía perciben entre el mare magnum de la confusión urbana. Son los vestigios de los cascos coloniales, lugares gratos y notables que evocan, con la armonía y el equilibrio de sus formas, la inspiración de un orden y de una cultura rica en humanidad.

No obstante, esa cultura hispanoamericana forjada progresivamente en el mestizaje y en el crisol de los siglos coloniales, empezó a perder su continuidad a partir de la Revolución Francesa, para extraviarse al vaivén de los fugaces coletazos ideológicos de la modernidad. Nuestras gentes de la gleba, ilusionadas por los atractivos ofrecidos por el mundo moderno, parecen haber abordado el navío hacia ese nuevo mundo, desarraigándose de todo, después de echar al fondo del mar sus valores históricos. Se han erigido entonces, como humanidad sin pasado, como ávidas esponjas que han absorbido indiscriminadamente a su paso todo lo que han encontrado, formando así una amalgama desproporcionada y confusa.

LA CULTURA DE LA PLAZA

Hispanoamérica consolidó en el siglo XVI un modelo físico urbano muy sencillo y de fácil delineación basado en la "cuadrícula", que parcelaba el territorio en manzanas cuadradas iguales, separadas por calles. En este modelo, la Plaza Mayor jugó un papel decisivo, no sólo como elemento estructural fundamental de la ciudad, ya que era el centro geométrico "*desde donde se sacaban todas las calles*"¹, sino como punto de convergencia de la vida religiosa, política, social, recreativa y económica de la población. En efecto, en la plaza se llevaban a cabo ceremonias religiosas, se impartía justicia, se administraba, se comerciaba y se celebraban los festejos. La plaza concebida como una manzana sin edificar, era entonces el corazón de la ciudad, el lugar de encuentro en donde participaban e interactuaban todos los habitantes, donde se formaba y se recreaba la cultura, pero además la intersección entre lo público y lo privado que crecía a su alrededor. La Plaza Mayor era el patio interior de la misma ciudad, así como el claustro constituía lo íntimo, de las edificaciones coloniales españolas.

Asimismo imperó en las casas privadas un esquema arquitectónico similar. La distribución interior era el reflejo de una pequeña metrópoli en donde las habitaciones particulares convergían hacia un patio central, una pequeña plaza para el encuentro y el disfrute de todos sus moradores. Sin duda, este modelo involucró una extraordinaria armonía estructural entre lo privado y lo público y expresó con claridad la forma como se integraban los habitantes de la sociedad hispanoamericana colonial a la ciudad.

La armonía y coherencia de las metrópolis hispanoamericanas, expresadas a través de otros elementos como los materiales de éstas, los colores, los volúmenes, la altura de las edificaciones y las proporciones, entre otras, confirman el valioso sentido por lo público y señalan la rica diversidad de expresión arquitectónica dentro de un orden urbanístico armónico de nuestros antepasados.

1. Según las Ordenanzas de Felipe II, citadas por el Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo de España. El Sueño de un Orden, CEHOPU.

LA IGLESIA COMO PATRIMONIO COLECTIVO

Un factor que contribuyó en forma significativa a modificar el paisaje arquitectónico en las ciudades, derivó del cristiano. No ha existido en occidente un modelo de organización social y de participación que involucre e integre más a los habitantes hacia el bien común y que haga prodigarse más a los individuos, como el modelo cristiano. Ejemplo de ello, son las catedrales, centros magníficos de cultura, obras por lo general anónimas, para el servicio de todo el pueblo, en cuya realización participaban todos los habitantes de la ciudad. La construcción de una catedral superaba en promedio, la vida de varias generaciones, de tal suerte, que cada individuo era consciente de que su aporte era parte de un todo, que muchas veces no alcanzaría a contemplar ni a disfrutar en la realidad. Las extraordinarias obras de arte encontradas en los lugares más altos en donde el artista sabía que no iba a ser admirado, ni recompensado, nos llevan a pensar, que la entrega y responsabilidad de aquellos por el bien común, no sólo era admirable, sino insuperable.

En América se repite el proceso de fundación de ciudades que se realiza en Europa. Las Iglesias, los templos religiosos que fueron el origen fundacional y el corazón de la inmensa mayoría de las urbes europeas, y, que generaron formas eficaces de organización social y de participación alrededor de lo sagrado, también se reprodujeron y se recrean con mucho vigor y esplendor en Hispanoamérica. Después del tercer viaje de Colón, el rey de España ordenó que no se podía fundar ninguna población sin nombrar previamente un cura. Así la Iglesia Católica en sólo tres siglos, durante la Colonia, construyó la sorprendente cantidad de setenta mil templos² a lo largo y ancho de la difícil geografía americana, templos que serán núcleo de desarrollo y epicentro de nuevos inmuebles que surgieron a su alrededor como colegios, seminarios, escuelas, hospitales, una plaza y un vecindario, que con el paso del tiempo fueron la célula para conformar entre sí miles de ciudades.

2. Censo realizado por Francisco Gil Tovar -Historia del Arte Colombiano- Volumen VI- 1983
Salvat Editores S.A. Barcelona

Es importante anotar las evidentes raíces religiosas de las ciudades hispanoamericanas, en especial de los pueblos indios, fundados durante los siglos XVII y XVIII por un numeroso grupo de misiones, integradas por frailes mendicantes y jesuitas. Asimismo, es justo reconocer, que desde su origen y hasta la independencia, los servicios sociales que hoy presta el Estado a la población, los ofreció la Iglesia magnánimamente, (en la mayor parte de los casos, de forma gratuita). Miles de frailes y monjas de diferentes congregaciones religiosas -la inmensa mayoría hoy anónimos- dedicaron sus vidas en todo el continente durante varios siglos a la educación, al cuidado de los enfermos, de los ancianos y de los niños, esperando como única recompensa la vida eterna.

De esta manera, el pueblo hispanoamericano empezó a desarrollarse bajo la confianza de su propia Iglesia, también aportando con generosidad por la vía del trabajo, recursos económicos y en muchos casos con herencias. El pueblo hispanoamericano y las autoridades religiosas conformaron la Iglesia en una sola unidad. Los templos católicos, los hospicios, los colegios y seminarios eran administrados por las autoridades eclesiásticas, pero el beneficio y el patrimonio era para todo el pueblo. Es interesante observar que paradójicamente aquello que hoy queda en pie de las viejas construcciones de esta institución, es lo único que todavía es defendido por la gente con la noción de bien común. Los templos católicos siguen siendo queridos y utilizados por millones de fieles que ingresan respetuosamente a ellos, sin distinciones ni discriminaciones, como a su propio patrimonio, cosa que no ocurre en la actualidad con los bienes públicos o del Estado que se han convertido en tierra del más fuerte.

Las ciudades hispanoamericanas fueron construidas a la escala de sus mismos habitantes, para atender sus necesidades y son un ejemplo, tanto de eficiencia frente a los precarios recursos que poseyeron, como de participación de toda la población. También las ciudades fueron paradigmas del uso de lo simbólico, y, así como en los templos católicos todos los elementos constructivos son alegóricos, llevan un mensaje y establecen lazos afectivos con los fieles -las torres y las campanas anuncian, los planes horizontales figuran la cruz, los arbotantes lanzan los domos al cielo- asimismo, en las ciudades hispanoamericanas, cada uno de los elementos urbanos tienen un sentido y un significado emotivo para los pobladores bien sea porque ellos mismos han sido constructores de su

propia ciudad, o porque la fundación de cada ciudad se convierte en un rito solemne que llena de contenido formal la vasta tarea evangelizadora en los territorios de América.

DE LA MURALLA AL CAOS, A PARTIR DE UN PLANTEAMIENTO DOCTRINAL

Pero a Hispanoamérica no sólo llegó la cultura de la plaza; también le fue legado el rasgo militar de la muralla, aunque en menor proporción. Felipe II a mediados del siglo XVI, decidió establecer un sistema defensivo en los puertos del Caribe para defender el imperio ultramarino de la amenaza de potencias europeas, pero especialmente de los piratas ingleses que impedían el intercambio seguro de mercancías entre América y Europa. Ciudades amuralladas, fortalezas, castillos, baterías, fosos y baluartes se empezaron a incorporar y a transformar la estructura urbana, por fortuna, de manera excepcional en las ciudades hispanoamericanas que, en su inmensa mayoría están integradas e interconectadas con la exhuberancia del mundo físico que las rodea. Es necesario tener en cuenta que este rasgo de la muralla, aparece como síntoma de individualismo y de defensa en las ciudades de la modernidad hispanoamericana.

El subjetivismo o individualismo empieza a tomar auge, a partir del siglo XIX, cuando pensadores como Kierkegaard, Nietzsche, entre otros, plantearon la doctrina que afirma que no se puede encontrar ninguna base objetiva y racional, para defender las decisiones morales, en contra de la idea tradicional de que la elección moral implica un juicio objetivo sobre el bien y el mal. Esta doctrina, que afirma, que *no existe un bien ético que sea el mismo para todos*, ha hecho carrera en el siglo XX (Karl Jasper, Sartre, etc.) desembocando en un exacerbado subjetivismo que ha dominado, no sólo a ciertos grupos intelectuales, sino a grandes sectores de la sociedad. El subjetivismo por supuesto, se ha venido reflejando también en las formas caóticas de organización social contemporánea, y, particularmente, en el espacio público de nuestras ciudades y municipios.

Es evidente, que el actual caos urbano -como muchos problemas nacionales contemporáneos- no es ni mucho menos, consecuencia de nuestra historia hispánica, ni el resultado de siglos de atraso, como alguna historiografía interesada ha inculcado con persistencia y celo a las nuevas

generaciones. Por el contrario, si algo ha probado la cruda realidad de manera contundente, es que en la medida en que las sociedades hispanoamericanas interrumpieron su progreso dentro de los derroteros que le había señalado su propia historia, y no reconocieron los verdaderos valores y principios que inspiraron su vida colectiva de antaño, se ha aumentado de manera preocupante su pobreza física y moral, se han creado más divisiones, conflictos y odios, dejando como resultado ciudades confundidas, violentas, deshumanizadas y deshumanizantes, en donde cada ciudadano aislado en un pequeño mundo, entre la aglomeración de millones de seres humanos que parecieran no tener ninguna relación entre sí. De esta manera, cada individuo sin sentirse afiliado afectivamente a la sociedad ni a ningún territorio ni a un pasado común lleno de significados -que muchos lo han querido mostrar como vergonzoso- termina atomizado, sin patria ni historia, e indiferente ante lo público.

El cuestionamiento de fondo derivado de esta realidad reside en determinar ¿qué pasa cuando el hombre se encierra dentro de un estrecho ámbito que considera como su única verdad? ¿Cómo reacciona el hombre mutilado de sentido global?.

En razón de su limitado universo, el de cada individuo, la doctrina individualista no reconoce la idea unitaria del universo, ni por tanto, la unidad de ningún ecosistema, como lo puede ser una ciudad, o un territorio específico. Para el individualismo el ser humano no guarda relación integral con el ambiente, ni mucho menos con el cosmos, pues el hombre y el mundo serían dos totalidades separadas. De esta manera, *el rasgo de la muralla*, del que hablamos, empieza a desplazar la cultura hispanoamericana de la plaza. En efecto, en la construcción de nuestras grandes ciudades, cada individuo se parapeta en su propio predio o dominio tras la muralla que le marca su ego, cerrando las puertas al entorno. Con la misma actitud, también el hombre urbano de hoy se aísla dentro de su automóvil particular o dentro de sí mismo, cuando viaja en el metro o en el autobús público.

Esta incomunicación voluntaria del individuo con el mundo, con el ambiente, con la ciudad lo *ha llevado a una regresión, a una crisis de expresividad, de la manifestación y del aprendizaje, es decir al*

*subjetivismo patológico*³. Es que cada individuo instalado, encerrado en su propio territorio, al interior de sus muros, ha generado soberana y altivamente sus propias verdades, las que no se confrontan ni se nutren con la dinámica incesante del mundo exterior para construir verdades comunes, ni intereses públicos. Esta es pues, la sub-cultura del muro, o *el rasgo de la muralla*, una curiosa especie esquizofrénica, que como en el teatro griego esgrime dos máscaras, una de confianza y de alegre esplendor hacia adentro y otra de prevención, de indiferencia, cuando no de temor encubierto y de despectiva actitud, hacia afuera.

El reflejo de este acortamiento del radio de interés de los individuos, es decir, del desinterés por lo demás, la exclusión de lo público, se proyecta en nuestras comunidades y en nuestras instituciones de forma dramática. Cada individuo se reafianza, se retroalimenta, mirándose en el espejo que la sociedad y las instituciones y repite en la vida cotidiana lo que percibe.

LA CIUDAD APROPIADA POR LA FUERZA

Pero, entonces, ¿Cuál ha sido la fuerza tan atractiva y poderosa, capaz de hacernos romper los lazos afectivos con nuestra personalidad histórica? ¿Cuál ha sido el fenómeno ideológico que nos ha puesto a girar en este torbellino vertiginoso de divisiones y violencias?

No cabe duda, que una de las causas más arraigadas de nuestro atraso urbano en Colombia y en buena parte de Hispanoamérica, ha sido la consolidación del subjetivismo, en detrimento de nuestra ya mencionada capacidad de construir la noción de lo público, de lo social, del bien común. Nuestros municipios en la época moderna crecen día a día incontenibles y desarticulados a partir de lo pequeño e individual, sin haber construido conciencia de lo general y comunitario.

Con esta actitud mimética, cada uno de nuestros conciudadanos asume con seguridad y sin escrúpulos, su propio territorio, su propia

3. **Leonardo Polo**, *La persona humana y su crecimiento*, EUNSA, Navarra, España, 1996

patria, se apropia de una Colombia particular, pero excluye la Colombia de todos. Cada predio urbano es entonces una especie de pequeña fortaleza cuyos muros dividen tajantemente dos mundos, el privado y el público; este último, aunque debería ser el lugar querido y respetado por todos, por el mismo desdén con el cual es tratado, se convierte en zona baldía, de apropiación por la fuerza, es decir, en zona de guerra. De muros adentro - aún en residencias pobres - conviven el calor del hogar, el orden y el decorado; de los muros afuera la insensibilidad, el abandono, el desaseo, el caos, la agresión.

Para sustentar nuestra hipótesis, basta dar una mirada sobre el abandono y la desolación que hoy presentan inmensas zonas urbanas circundantes de nuestras ciudades hispanoamericanas. Las obras que hacen las administraciones locales para embellecer los entornos públicos, con mucha frecuencia se ven pronto deterioradas y destruidas por los mismos vecinos, que no se sienten identificados con aquellos proyectos decididos unilateralmente desde los escritorios oficiales. El Estado de alguna manera, se complace y se sostiene con su actitud paternalista y muy pocas veces establece y hace operantes las estrategias para sacar a los ciudadanos de su encierro.

Esta enconada actitud de aislamiento o desinterés, no produce sus resultados sólo en el espacio público, sino que irradia con fuerza sus secuelas hacia todo lo que comprende la noción de lo público. De esta manera, vemos en nuestros días, cómo el mismo Estado, y, en particular el dinero público, por no sentirse ni asumirse como propio por los ciudadanos, cae en esta zona de guerra o en un foso de rapiña ante la indiferencia de la mayoría. Un hecho fehaciente de esta situación, consiste en que los contribuyentes evaden hasta donde les es posible el debido pago de sus tributos, a sabiendas de que gran parte de la riqueza nacional recaudada, -en el abandono reiterado de lo público- no será retribuida en beneficio común, sino que será disputada en público espectáculo. Por ejemplo, es bien cierto que hoy nos sentimos colombianos porque residimos en el mismo territorio físico, hermoso y pródigo, y también, hay que aceptar, que se nos enciende la "colombianidad" con el triunfo efímero de un destacado deportista, con quien nos congratiamos, porque tiene con nosotros en común una cédula de ciudadanía colombiana, pero, perdemos el sentido de pagar impuestos o de prestar el servicio militar, o titubeamos en el exterior cuando nos

vemos precisados a reconocer categóricamente que somos colombianos; todo parece indicar, que ahí se agota nuestra "colombianidad", y lo grave es que día a día, desconocemos más nuestro origen histórico común y, por tanto, nos reconocemos menos, enfatizando agresivamente las diferencias. No sabemos con suficiente claridad, qué es lo que une a un narinense con un llanero, o a un huilense con un santandereano, ni qué es lo que nos une a las diferentes clases sociales. Así, sin hacer conciencia de lo que nos identifica e incorpora a una nacionalidad, mucho menos a la ciudad, nos sentimos más extraños entre sí, más indiferentes con nuestros compatriotas, con nuestro patrimonio moral común y, lo que es más grave, nos sentimos exonerados de nuestras responsabilidades cívicas y sociales.

Todo parece indicar, que nuestra población dispone hoy de muy pocos argumentos para querer ser colombiana. De esta manera, según una encuesta reciente publicada en el diario El Tiempo ⁴, el porcentaje de jóvenes, que con toda franqueza, no se sienten orgullosos de ser colombianos, ha venido aumentando hasta el siete por ciento; así mismo, crece a diario el número de compatriotas que abandonan el territorio nacional para ayudar a construir el Canadá, Australia o cualquier otro país, y, si otro grupo considerable de la población no lo hace, simplemente es porque no tiene los medios para emigrar.

No es difícil suponer, que el intento por dividir tajantemente la historia, por estigmatizar y degradar nuestra cultura hispánica, por romper la coherencia y unidad de nuestra historia, ha afectado notablemente la autoestima de los colombianos. Cada día el país se encuentra más desconcertado. No sabe a ciencia cierta de dónde viene, mucho menos para dónde va. Se ha perdido la dignidad nacional. ¿Cómo podemos enorgullecernos, construir lo público, lo de todos, si no solamente enfatizamos nuestros egoísmos e individualidades, sino que nuestra historia oficial, la inculcada durante medio siglo por los grupos más dominantes, a lo largo y ancho del territorio nacional, ha sido la historia que sin escrúpulos ni dignidades ni moderaciones, se busca afianzar en la

4. Encuesta realizada por RBarnen y la Fundación Rafael Pombo: Publicada por el diario El Tiempo, Santa Fe de Bogotá, domingo 2 de enero del año 2000, Pág., 19A

vergüenza, en la violencia, en la morbosidad autodestructiva?

La infidelidad con nuestra propia esencia, con lo que hemos sido, es decir, con lo nuestro, no ha quedado impune y la creciente atomización del país la constatamos a diario con abatimiento en los sangrientos hechos de la vida nacional. Es que, *«no se puede trazar una línea divisoria entre nuestros abuelos y nosotros; porque las transformaciones políticas no suponen que se improvise una civilización; las civilizaciones no se improvisan. Religión, lengua, costumbres y tradiciones; nada de esto lo hemos creado; todo lo hemos recibido habiéndonos venido de generación en generación, y de mano en mano, como precioso depósito y rico patrimonio...»*⁵ Por ello, no tendremos claridad para construir nuestro porvenir, si no reconocemos con nobleza e indulgencia la realidad de nuestro pasado.

El desconocimiento de la historia, el desprendimiento con nuestras raíces, se ha convertido en una barbarie, que ha desfigurado la personalidad de las ciudades. En la inmensa mayoría de nuestras ciudades hispanoamericanas, autoridades indiferentes e irreverentes con el patrimonio histórico de la ciudad, han autorizado la demolición de un sinnúmero de edificaciones muy representativas, para darle lugar, al lucro de los constructores. Lo extraño quizás sea lo contrario; es decir que existan dirigentes con suficiente sensibilidad e independencia ideológica para conservar y mejorar el patrimonio histórico.

EL VALOR DEL INDIVIDUO PARA LA CIUDAD

Las razones dadas atrás con respecto al subjetivismo, no quieren anular la individualidad; por ello, es necesario diferenciarla del individualismo que es el efecto patológico de la primera. Sin individualidad no seríamos más que autómatas de una manada llamada sociedad. El despreciar la subjetividad sería una ofensa a la libertad y al mismo desarrollo humano. En efecto, el ser humano es el ser más individual de la creación, que dispone de una energía interna que es de su propiedad particular, según la cual, cada uno de nosotros nos

5. Miguel Antonio Caro,

manifestamos y nos hacemos valer ante los demás. Por tanto, la convivencia con el ambiente, con la ciudad, se da desde la subjetividad de cada individuo; pero, el actuar del individuo comprometiendo a los ciudadanos, al ambiente o a la ciudad no se inscribe exclusivamente en lo subjetivo, ni se puede agotar ahí.

Una verdad, es que el ser humano es inviable e insostenible aislado de lo demás y de los demás. Es necesario, que los individuos proyecten su propia energía y se integren al mundo. Así lo entendió el ser humano primitivo inequívocamente; comprendió que el sólo en el mundo, sin los otros, sin la naturaleza, sin las cosas, no tenía ningún sentido. Necesitaba ser parte de algo, ya que el hombre es incapaz de ser por sí mismo; no es unívoco, ni autosuficiente, sino complementario. Por ello, tiene necesidad de armonía universal, deseo innato de gozar, de extasiarse en el sentimiento pleno de armonía con la naturaleza, con los demás y con las cosas. En otras palabras, ansía la belleza, que es el esplendor de la verdad.

INDIVIDUALIDAD, NO AUTISMO

Si los individuos forzosamente deben interactuar con su hábitat natural, los ciudadanos deben integrarse a la ciudad. Por esto, deben trascender de sí mismos, entender y reconocer las razones de los demás ciudadanos y de la ciudad misma que, con su actuar están comprometiendo, afectando, beneficiando o perjudicando. La exageración o el abuso de la subjetividad, o lo que llamamos subjetivismo, que actúa como un sistema hermético, aislado, suena a autismo.

La esencia de la subjetividad, no implica de ninguna manera la total independencia de todo lo demás, sino precisamente la relación con todo lo demás. Ortega y Gasset dice que "yo no soy solo yo, sino yo y mis circunstancias y si no las salvo a ellas no me salvo yo", y Leonardo Polo agrega que "cuanto más individuo se es, más tiene que ver con todo lo demás". Habría que precisar que entre mis circunstancias se encuentra el otro, mi próximo, mi ciudad y que si no los salvo a todos ellos, tampoco me salvo yo.

La subjetividad tiene sus propios límites y si cada individuo, si cada ciudadano quiere crecer, si quiere madurar, no le queda más remedio que abrirse al mundo, a su ciudad y confrontar sus propias verdades con las verdades de los demás, confrontarlas con aquellos con quienes forzosamente tiene que interactuar dentro de su territorio, para encontrar así los puntos de equilibrio que le permitan vivir y convivir. Plegarse a un punto de equilibrio por supuesto implica sacrificio, y claro que es desprenderse de algo de sí, a cambio de un "nosotros" que se impone. Pero también, y quizá es lo más importante de todo, este plegarse le da pleno sentido a la verdad individual -que enclaustrada es estéril- pero que al aportarla armónicamente al servicio de la causa común, o si se quiere a la verdad colectiva, a la ciudad, se torna constructiva. Ese "darme sentido a mí mismo con el otro", paradójicamente es lo que contribuye a realizarme y a salvarme. Por ello, hablaremos más adelante de construcción colectiva de una estética urbana, como método y solución para romper el individualismo o la apatía ciudadana por lo público.

La coincidencia de los ciudadanos en el punto de equilibrio, sólo es posible, precisamente porque llegan ellos entre sí a encontrar un mismo interés, una misma verdad, una misma belleza, un mismo bien que les sale al encuentro, después de que ellos, los ciudadanos, se enteran de algo y lo entienden. Si no existiera ese bien, esa verdad y esa belleza común a las partes no sería posible la convivencia, ni el entendimiento entre sí. En nuestro caso, no habría tampoco cultura ciudadana. En tal sentido, la ciudad se presenta como el punto de equilibrio de los ciudadanos.

LA POSICIÓN ÉTICA PROPUESTA

Así, mientras el individualismo atomiza a la ciudad, la solidaridad y la estética, la aglutina. Leonardo Polo nos ilustra con la física cuántica este fenómeno: nos dice que es bien cierto que los átomos tienen su propia energía interna, por la cual el átomo se hace valer y se manifiesta, pero, el átomo aislado sin energías ordenadoras externas perdería su sentido. Quizá el átomo tenga algún tipo de memoria propia, pero tiene que plegarse forzosamente a los demás dentro de cierto orden. Estaríamos aquí frente al tema de la libertad de los individuos y habría que concluir que la libertad también tiene sus límites y que la autonomía moral deja de ser autónoma, cuando los individuos se encuentran con la inexcusable

obligación de hacer el bien a los demás, de ponerse en las botas de los demás. De lo contrario, no estaríamos hablando de una autonomía moral, sino de una autonomía inmoral o de un autismo perverso. Así, esta autonomía, esta libertad se debe ejercer creativamente para hacer el bien, es decir, para convertir a los individuos en una especie de creadores del bien en la belleza, inventándose a cada paso la forma concreta y específica de hacer el bien.

¿Cuál poder es el que puede volver a dar sentido para congrega a los ciudadanos?. Hemos dicho que el ser humano en su búsqueda del sentido se convierte en un relacionador por antonomasia entre el y todo lo que lo rodea, porque no es autónomo sino dependiente y necesita de una u otra manera vincularse con el mundo exterior para poder subsistir, para proyectarse en él y para trascender. Y es precisamente con esta postura, que el hombre busca con vehemencia el todo del cual él hace parte y que le debe dar sentido a *sí mismo* como afiliado e inscrito dentro de un orden superior cósmico e histórico; y es también, con esta actitud relacionadora que vive aspirando a la verdad puesto que, como diría Hegel en su antropología, *"la verdad es el todo"*.

Aún más, el hombre es incesante en este empeño, es el *"homo viator"* del que hablara Gabriel Marcel, que no se satisface con lo parcial, con lo fraccionario, ni con lo incompleto, y en consecuencia, no descansa buscando, viajando, trascendiendo en busca de una finalidad, es decir de la totalidad. Así, el angustiado e inquieto San Agustín, en la lucidez de sus arrebatos místicos, con toda razón exclamaría al iniciar sus Confesiones: *"Nos hiciste Señor para Ti y mi alma no descansará hasta que no repose en Ti"*.

Asimismo, el ser humano *intuye* que estas relaciones a las que se siente movido a establecer continuamente, no pueden ser posibles si las partes no están convocadas por una fuerza dominante actuando dentro de la imagen de un todo que precede, (a la manera platónica), y al cual deben ajustarse todas las partes para conformar una totalidad compensada, proporcionada, bella y armoniosa.

Esa fuerza superior ordenadora e inexplicable es ubicua y de tal naturaleza que ha hecho que el hombre desde el alborar de su historia,

haya pretendido organizarse en familia, en tribu, en clan o en sociedad, es decir, dentro de esquemas ordenados, -bien sean primitivos o más desarrollados como los modernos estados de derecho-, buscando que las partes se subordinen unas a otras en una sabia jerarquía, es decir, buscando que las partes asuman tareas o roles bajo una autoridad, y «*se plieguen para el mayor bien del todo*»⁶.

En tanto que el hombre no encuentre su propio sentido dentro de esta totalidad, ni descansa en ella, se sumerge en una. expectación angustiada, que a veces decide asumir como sacrificio lleno de sentido en la misma esperanza, pero que otras veces, la entretiene y distrae, pues no tiene el valor de afrontarla. Tal es el caso del hombre moderno individualista, que voluntariamente se niega a sí mismo, a comprender su relación con la totalidad. De todas maneras, en esta expectación, el hombre imagina, juega, crea y descubre a su alrededor aquellas simetrías, equilibrios, leyes, acordes, cadencias y ritmos que están al alcance de su sensibilidad y de su inteligencia y que le insinúan infinitas asociaciones, interacciones y formas de creciente variedad y complejidad hasta extraviarlo y confundirlo. Pero, sea como sea, es en estas primeras, sencillas y fáciles imágenes ordenadas y bellas, que vislumbra sobrecogido, como alegoría reflejada en ellas, surgimiento de un orden superior e infinito, un abismo de belleza: la totalidad.

Existe pues, en el ser humano la necesidad indeclinable y permanente de inscribirse dentro de un orden aspirando a la belleza, una sed de plenitudes o el sumo de un orden y es por ello, que el sacrificio tan consubstancial con la vida humana, sólo tiene sentido por esa fuerza gravitatoria, irresistible e infinita de la totalidad. Esa fuerza es un orden, una armonía invencible que no puede ser más que la belleza de la Verdad.

EL SUICIDIO DE LA RAZÓN Y LA ANOMIA

¿Cómo ha resuelto pues el hombre moderno individualista, este dilema de valores y significados, es decir, como ha resuelto el problema de ausencia de sentido pleno?.

6. HENRY BERGSON, Las Dos Fuentes de la Moral y de la Religión, Editorial Porrúa, S.A. Av. República Argentina, 15, México, 1990, Cap. La obligación Moral, pag.1

Por supuesto, el ser humano no puede resolver este problema partiendo de la base de la negación de su propia razón; es decir, de negarse a comprenderse a sí mismo dentro de la totalidad. Si el ser humano se niega a buscar la verdad asumiendo anticipadamente que ésta no existe, o simplemente, declarando su incapacidad para intentar aproximarse a ella, entonces, el sentido de su existencia se pierde en el suicidio de la razón, y por ello, su actitud evasiva lo lleva a distraerse en las ficciones de su hedonismo y en la crudeza y barbarie del utilitarismo, doctrinas que en nuestro tiempo, se cristalizan desbordantes en la anomia de las sociedades de bienestar. En defensa obsesiva de esta posición, el hombre moderno se desenvuelve con procacidad e irreverencia, en el relativismo moral justificador de todos sus comportamientos egóticos.

El suicidio de la razón se retroalimenta en el asfixiante mundillo del individualismo, y se hace explícito en la forma como interpreta y reduce la dimensión estética a algo lucrativo, estableciendo por demás, una especie de contrasentido, puesto que la función estética por su misma naturaleza es diferente de la función práctica. Así ocurre una deformación de lo estético al considerarla tan sólo como algo *útil* para obtener lucro económico. Recordemos pues, como el cine, la televisión, la propaganda de tan grande influencia en el comportamiento de los millones de consumidores del planeta, utilizan la belleza de las imágenes, sólo como maquillaje de venta, sin ningún contenido ético, buscando el enriquecimiento de empresas particulares, en perjuicio del interés colectivo. Este es un ejemplo más de la confusión entre el fin y los medios.

En consecuencia, no es extraño que para el mundo de especialistas, precipitado, utilitarista y de consumo, lo estético ha llegado a significar todo aquello lujoso, o todo *adorno*, propio de las clases privilegiadas. Implícitamente, se ha llegado a confundir lo estético con ciertas características fastuosas de objetos o cosas adquiridas en el mercado. Esta confusión es comprensible además, debido al predominio del capitalismo en el mundo moderno, en donde las cosas u objetos hermosos, así como los demás valores humanos, se falsean, se desvirtúan o deforman como objetos económicos útiles y comprables y en consecuencia, se trafica con ellos como con cualquier otro producto de consumo que tiene un precio determinado en el mercado. Por ejemplo, lo que vale en nuestra sociedad actual una pintura de Van Gogh, la razón por la cual la obra de arte es

importante y hace noticia, no es tanto su belleza intrínseca, ni el goce estético que produce en las personas, sino su valor monetario en el mercado mundial.

¿ES LO ESTÉTICO UNA DIVISIÓN ENTRE RICOS Y POBRES?

Quizás, por ello mismo, lo más grave, -en lo político y social-, haya sido relacionar la estética con la burguesía y con aquellas clases dominantes y odiadas que hacen alarde de lo suntuoso e innecesario. Lo estético, entendido así, ha venido avalándose y gravándose, por el Estado, con sumo rigor, y en cierta medida, como revancha ejercida con algo de satisfacción contra los acaudalados consumidores que lo ostentan.

Semejante trastorno conceptual, que se ha extendido principalmente en las zonas marginadas de nuestras grandes ciudades modernas hispanoamericanas, de paso arrasa con los brotes espontáneos y legítimos de todo aquello que pudiera conducir al florecimiento de una estética individual y colectiva. Lo bello, lo limpio, lo florecido, lo armónico, lo proporcionado y rítmico, confundidos como sinónimos de riqueza oligárquica, se gravan duramente con los más altos impuestos, y por ello, estos valores estéticos no quieren ser desarrollados ni vividos, al menos públicamente, por las clases populares que mantienen sus entornos sucios, descuidados y sórdidos aspirando, -a veces como estrategia para producir piedad-, a la ayuda compasiva de las autoridades del gobierno, aunque puertas adentro, ostenten cierta capacidad económica, disfruten costosos electrodomésticos, y secretamente aspiren a lo bello, y quieran imitar, desde luego sin ninguna originalidad, el discutible atractivo ornamental de las casas de los ricos.⁷

Esta sociedad orientada y moldeada por las políticas económicas estatales hacia la producción industrial, hacia el mercado y el consumo, desmotivada sistemáticamente por todo aquello que no sea útil y no tenga precio, entre otras cosas, ha sido mutilada en su propio ser, de una de sus capacidades vitales, es decir de su dimensión estética. Se está privando al hombre de hoy de desarrollar en libertad su sensibilidad, a la cual, por su

7. Desde luego, todavía en muchos de nuestros pequeños pueblos y poblaciones colombianas es patente la costumbre de limpiar y embellecer sus hogares tanto adentro como afuera. Particularmente la región antioqueña y del viejo Caldas mantienen viva esta costumbre.

misma naturaleza humana, está llamado a liberar a plenitud.

Ionesco con su trágica ironía, en sus Notes et Contre Notes (p.129.) dice que ⁸:

"En todas las ciudades del mundo, es lo mismo. El hombre universal y moderno es el hombre precipitado (o sea el rinoceronte), un hombre que no tiene tiempo, que es prisionero de su necesidad, que no puede entender que una cosa podría quizá no tener utilidad; ni comprende que, en el fondo, lo útil es lo que quizá sea una carga inútil y abrumadora. Si uno no entiende la utilidad de lo inútil, y la inutilidad de lo útil, no puede entender lo estético. Y un país donde no se entiende la estética es un país de esclavos y de robots..." "La rinoceritis", añade, "es la enfermedad que acecha a los que han perdido la sensibilidad..."

DEL IMPERIO DE LA ORDINARIEZ A LA VIOLENCIA

Asimismo, muchas de las gentes de nuestro tiempo que aspiran a ser *modernas*, se estiman orgullosas de sí mismas, como sujetos perfectibles de razón, pero raramente se estiman como sujetos perfectibles en su dimensión estética. La sensibilidad así descuidada, crece entonces sin ningún tipo de delicadezas, salvaje e incivil, dando lugar a un mundo imprudente, sin miramientos ni respetos por los otros, de modales burdos y ramplones, hasta el punto de generar agresividad colectiva. Aún más, ha llegado a hacer carrera en algunos sectores populares, pero en especial entre el género masculino, el argumento de que actuar ante los demás con respeto, atención y *bellos* modales, es sinónimo de afeminamiento, cursilería e hipocresía y en consecuencia, se le da rienda suelta a los impulsos e instintos espontáneos y primitivos, pues con ello, se es *un macho auténtico*. No hay que olvidar que la falta de cortesía es agresión y que en el fondo, nuestro problema colombiano de violencia es ante todo un problema de sensibilidad por los demás por el mismo medio en el que vivimos.

8. Cita hecha por Thomas Merton en "La lluvia y el rinoceronte", p.24, Traducción de José María Valverde, Editorial Pomare, Barcelona, España,1981.

Pero no existe sólo esta desviación conceptual de la estética a la que nos hemos referido. Para otros, la estética representa un exclusivo tipo de belleza inmodificable, clásica o no, que se quiere perpetuar e imponer sin consideraciones de oportunidad y espacio temporal. Este concepto *estático* que se cristaliza en un tipo de belleza determinada y rígida, la han identificado ciertos gobernantes con cualquier odiosa simetría de orden, ya sea materialismo dialéctico, antisemitismo, nazismo, etc. y se ha querido imponer al pueblo mediante un gobierno de facto. Este es otro ejemplo de una estética traicionada por la misma *forma* que es impuesta *sin contenido* congruente, que sólo es una imagen en apariencia y que no corresponde a una belleza de contenido real y cristalino en donde se exprese coherentemente lo ético.

LA CONSTRUCCIÓN COLECTIVA DE ESTÉTICA URBANA

El primer paso para generar conciencia de lo público, es el de propiciar mediante un proceso pedagógico, la construcción y embellecimiento colectivo del territorio común a todos los ciudadanos. Es el primer paso, porque el territorio poseído y conquistado se protege por instinto humano y es lo más inmediato, obvio, concreto y visual del patrimonio colectivo. Es a través de la belleza, porque la fuerza de la estética debidamente exaltada y orientada de manera colectiva, mueve como ninguna otra, como se logra la sensibilización de la población hacia la apropiación y hacia la acción creadora.

Los pequeños territorios urbanos -el parque, la calle, los lugares recreativos, etc.- son la oportunidad para reconstruir gradualmente la noción de lo público en toda la ciudad; por ello, la bella recuperación o la reconquista comunitaria de escenarios urbanos específicos, son claras oportunidades para contribuir a estrechar todavía más los vínculos entre las instituciones públicas encargadas de construir y mantener los lugares públicos, y las instituciones privadas y los vecinos del lugar; con este ejercicio, también se busca enseñar a los residentes la importancia que representa su acción individual, realizada en su predio privado, para lograr una armonía colectiva que se traduce en un entorno más amable, más bello y más humano.

Dentro de este empeño la relación entre educación y ciudad es fundamental, al fin y al cabo, tanto la escuela como la ciudad han tenido siempre la función de educar, es decir, a ambas por su propia esencia, les corresponde ser ámbitos propicios para aprender a vivir y a convivir resolviendo problemas reales dentro de la perspectiva trascendental de llegar a ser.

La ciudad, por lo mismo que es ámbito de convivencia social, siempre ha sido educadora y por tanto siempre ha sido ciudad escuela, de la misma manera como la escuela siempre ha sido en el señorío de su propio territorio, capital del conocimiento, baluarte de la educación o ciudadela educativa.

LA SOLEDAD DE LA ESCUELA O SU ENCIERRO SOBRE SÍ MISMA

Sin considerar su responsabilidad educadora urbana, (*ya desde la Grecia clásica en el siglo V A.C. se había establecido con claridad la relación estrecha entre los conceptos de paideia y polis*), la escuela moderna se ha hecho a sí misma una isla cada día menos vigorosa que desarrolla sus funciones específicas fuera del contexto vital, de tal manera, que ha generado un innecesario y desafortunado fraccionamiento entre experiencia escolar y experiencia de vida.

No es extraño entonces que la escuela actual se haya venido sorprendiendo e interrogando cada día más a su interior. Ciertamente, sus resultados no son satisfactorios, a pesar de que los gobiernos nacionales y la sociedad en general han venido destinando cuotas significativas de sus presupuestos en el tema educativo. Las estadísticas sobre convivencia y adaptación de los ciudadanos a nuestras sociedades, señalan que la escuela no está respondiendo adecuadamente a las exigencias del mundo actual ni mucho menos a la ciudad. Por el contrario, muchas veces, pareciera que la escuela volcada sobre sí misma, en el ejercicio de su vocación autárquica y como aparato de soledad cultural, estuviera comprometida con la misma incivilidad y desadaptación de los alumnos a la sociedad actual.

Alrededor de este cuestionamiento son muchos y muy diversos los diagnósticos "*patológicos*" que se han formulado tanto en América

Latina, como en países con un elevado desarrollo económico y sociocultural, como Estados Unidos, Japón, Francia, Gran Bretaña, Alemania y Suiza. En todos ellos, desde luego, es evidente la existencia de *patologías* particulares, pero también ha sido manifiesta la existencia de problemáticas y circunstancias comunes y de gran significación a todos los países, como lo son las ya mencionadas de aislamiento y desintegración.

Específicamente en Hispanoamérica este aislamiento o la ruptura entre la escuela y la *extraescuela*, vuelve a recordarnos el *rasgo de la muralla* que se ha hecho predominante, influyendo de manera particular a la comunidad educativa y atentando permanentemente contra la construcción de la noción de lo público.

EL RESCATE DE LA EDUCACIÓN SIN FRONTERAS

La escuela por su principalísima función educadora, entre más escuela es, más tiene que ver con todo lo demás. Por tanto, para salir de su claustro, la escuela debe revelarse a los demás, enseñarse, abrirse a la ciudad, ampliar su territorio de acción, es decir, cargarse de energía a su interior para irradiarla hacia el exterior y retroalimentarse reiterativamente de allí; y es precisamente, durante este ejercicio de interacción, de recibir y dar conocimiento, cuando la escuela cumple realmente la doble función de educanda y educadora.

Por supuesto, esta expansión de su territorio le implica a la escuela el esfuerzo de salir de sí, de sus verdades individuales o subjetivas para construir verdades objetivas, aceptadas por todos, mediante la interacción, el diálogo y la concertación. Parece no haber otra alternativa: quizá sea sólo de esta manera, con este esfuerzo, como la ciudad, el nuevo territorio conquistado por la escuela, se convierta en el legítimo territorio de aprendizaje y de formación para la misma escuela, así como también, la ciudad en su condición de territorio ocupado por la educación, aprenda a edificarse desde la noción de lo público.

Lo que la escuela es, tanto en su aspecto ético como lógico, debe expresarse en su interior y en la ciudad a través de la forma. Es imposible para la escuela manifestarse hacia fuera, ni interactuar con la ciudad, sin

tomar ni proyectar alguna forma concreta o alguna imagen que represente lo que ella misma, es hacia adentro.

La escuela requiere por lo tanto asumir "*una forma vital, dispuesta y pronta para ennoblecer su misma vida cotidiana*"⁹ de tal manera y con tanto vigor, que trascienda y transforme en la misma manera a la ciudad; también, por supuesto -y esto es una función esencial- la escuela debe capacitar a sus alumnos para aprender a captar en la disposición de la forma, lo verdadero y lo ético.

Infortunadamente, el desarrollo de la sensibilidad, el adiestramiento para captar la belleza, el esplendor de la verdad y del bien, se ha descuidado en la escuela. Lo estético, en la banalidad y dispersión de la existencia cotidiana, ha dejado de ser significativo: se ha trastocado y convertido en meras imágenes trivializadas y presuntuosas, cuando no en maquillajes fraudulentos. No es raro entonces, el panorama desolador de nuestras ciudades ni el desaseo ni el desorden de ellas, como tampoco, la triste realidad extravagante y desproporcionada que deja al descubierto la sociedad contemporánea, cuando se desprende de su máscara festiva.

Recordemos que la belleza, el *pulchrum*, es el tercer trascendental, que unido inseparablemente con el *verum* y el *bonum*, conforman la unidad. "*El descuido de alguno de ellos repercute catastróficamente en los otros dos*"¹⁰. Por ello, la contumacia del mundo moderno, -y dentro de este la escuela- por tratar de fragmentarlos, nos ha causado tan graves traumatismos antropológicos.

La escuela debe recuperar su talante y proyectarse con vigor al nuevo milenio con sus auténticas responsabilidades educativas. Es por ello, por lo que se le reclama valor y fuerza de decisión como la verdad y el bien para rescatar la belleza y poner nuevamente de relieve la totalidad. Tiene entonces una gran faena por delante: la de formar e irradiar el brillo y la belleza de una sensibilidad nueva y propia. Recordemos que lo estético trasciende todas las formas, tiempos, escenarios y realizaciones de la vida humana.

9. Hans Urs Von Balthasar - Gloria 1. La Percepción de la Forma, Ediciones Encuentro, Madrid 1985

10. Hans Urs Von Balthasar - Gloria 1. La Percepción de la Forma, Ediciones Encuentro, Madrid 1985